

# LIBROS

## Una biografía de Joaquín Costa

El libro de George J. G. Cheyne (1), profesor en la Universidad inglesa de Newcastle upon Tyne, viene a plantear la cuestión del significado y los límites de la investigación biográfica. Entregado durante varios años a la rebusca de datos con los que esclarecer hasta los menores detalles de la vida del escritor aragonés, Cheyne ha conseguido, con Joaquín Costa, el gran desconocido, devolvernos su figura con trazos sumamente precisos y, al mismo tiempo, presentar el arquetipo de la difícil vida de un intelectual en las décadas finales del siglo XIX. La constante penuria económica, la frustración en la carrera universitaria y la suma de arbitrariedades que una y otra vez impiden a Costa ver reconocido su valor intelectual, configuran el cuadro vital desde el que redacta sus páginas el autor de *Olgarqua* y *caelquismo*. La atribución del premio del talento, instituido por el progresista Fermín Caballero en la Real Academia de la Historia, a una monografía sobre Cuéllar de don Gonzalo de la Torre de Trasierra, frente al *Colectivismo agrario*, ilustra de modo suficiente acerca de los criterios de valoración vigentes en la España canovista. La enfermedad (una atrofia muscular, que acabaría por incapacitarle completamente) y unas relaciones sentimentales, asimismo insatisfactorias, completan el cuadro de frustración personal y sientan la base de una posible explicación psicológica de la violencia retórica de su escritura.

La conclusión de Cheyne parece apuntar en esta dirección: «A mi modo de ver —escribe—, Costa fue un hombre de la clase humilde, solitario, que nunca pudo aceptar el ambiente en el que se practicaba el juego político ni encontrarse a sus anchas en aquella sociedad; un hombre

abrumado por una inteligencia desproporcionadamente poderosa con el lado emotivo de su carácter; vio la hipocresía a su alrededor con prístina claridad, pero no tuvo el tacto o la mano izquierda necesarios para vencerla». Costa sería, en consecuencia, para Cheyne, «el gran frustrado, ante todo porque no siempre fracasó, y en segundo lugar, porque así se pone en mientras las especiales dificultades que atendieron su vida y estorbaron su obra».

Se concreta así una evidente desviación interpretativa, que, de introducir los elementos biográficos y psicológicos en la comprensión de una actuación individual, conduce a adoptar una perspectiva psicologista. Este peligro, evi-

nal, compuesto de una élite intelectual que gulara a los hombres de buena voluntad (sic) de España, fue un duro golpe para Costa». Las asambleas de las Cámaras de Comercio, la Liga Nacional de Productores y la Unión Nacional responderían a la acción de una minoría situada por encima de toda consideración clasista, religiosa y política, cuyo pensador orgánico sería lógicamente Costa. «El hecho incontrovertible —resume Cheyne— es que en aquel entonces existía un núcleo de españoles, clarividentes y sinceros, que, por encima de los intereses de clase, de partidos e incluso de religión, anhelaba una unión nacional». El problema del movimiento regeneracionista



JOAQUIN COSTAS.

dente en tantas investigaciones históricas de carácter biográfico, lo es asimismo en el trabajo de Cheyne. El rigor con que reiteradamente se abordan las reacciones de Costa (frente a su medio social no se ve acompañado de una precisión similar al tratar el segundo; de esta manera, el fracaso del intento de constituir un partido regeneracionista, la Unión Nacional, es visto —a pesar del valor de la documentación manejada—, como una nueva frustración personal. «El fracaso de la Unión Nacional o, mejor dicho, el hecho de no haber podido formar un partido nacio-

queda así, en cuanto a su base social, perfectamente elidido.

Nuestra disconformidad de enfoque se extiende, consecuentemente, al prólogo de Josep Fontana. Estamos de acuerdo con él en que el balance de la obra de Cheyne, en tanto que investigación biográfica, es del todo positivo; la suya es «la única biografía válida de Joaquín Costa que hasta hoy se ha escrito». Pero el juicio de Fontana desborda insospechadamente este elogio: «El titán nebuloso (sic) se transforma en estas páginas en un ser humano de perfiles precisos. Atormentado y complejo, si se

quiere, pero nada contradictorio. El curso de su vida pudo llevarle a abandonar viejas posiciones ideológicas y a clarificar otras. Pero esta evolución siguió una trayectoria rectilínea, sin equívoco posible, que cristalizaría en unas actitudes y en un pensamiento claramente definidos». Lo curioso —y esto, insistimos, no va en demérito de la biografía de Cheyne— es que éste nunca se propone un análisis en profundidad de la ideología o la práctica política de Costa. Cuantitativamente, es significativo que a la Unión Nacional se destinen diez páginas y unas pocas líneas al desarrollo de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, mientras que el curioso pleito de La Solana reciba siete páginas de texto y cincuenta y nueve de apéndice, y un capítulo entero se entregue a concretar las circunstancias del nacimiento de su hija Pilar Antigone. El prólogo de Fontana, al margen del desbordamiento apuntado, incide en la interpretación psicologista del Costa, bueno, luchador y honrado, contra un ambiente político descrito en términos de total negatividad. «Costa era hombre de otro linaje», para el cual «las palabras no eran ni cortinas de humo ni reclamos para cazar una clientela política de incautos (sic), sino normas de conducta que se siguen hasta sus últimas consecuencias; frente a él, de un lado, «esos tribunos de escayola que gobernaron al país en una de sus épocas más mezquinas y corrompidas», y de otro, «los escritores que enronquecieron bramando el dolor que les producían los males de España, pero que, a la hora de la verdad, decidieron que el país no merecía sus sacrificios y pasaron del revolucionarismo verbal al conservadurismo más apacible». Enfrentamiento tópico que nada contribuye a esclarecer el conflicto social e ideológico de la España del 98.

En todo caso, Joaquín Costa, el gran desconocido queda como ejemplar investigación biográfica y como fundamento de futuros trabajos. Para terminar, un reparo marginal: dada la extensión de los apéndices, hubiera sido útil que uno de ellos consistiera en la bibliografía completa

de escritos de Costa, que, al parecer, tiene elaborada Cheyne. Y un elogio a la reproducción, en el apéndice primero, de los artículos de Joaquín Costa sobre la Institución Libre de Enseñanza, aparecidos en su día en el *Diario de Huesca* ■ ANTONIO ELORZA.

(1) G. J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido*. Prólogo de J. Fontana. Ediciones Ariel, 1972.

## Walter Benjamin, benjaminizado

Muchas veces me he preguntando el porqué de mi gozo cada vez que llamo al padre Jesús Aguirre, «el cura Aguirre». Tal vez sea por la intuición, más que ley, estética del contraste. Con la denominación «cura Aguirre», uno compromete la encarnadura física de un clérigo montaraz, a semejanza de los curas brutos y aguerridos que Baroja sublimaba en el temible Merino. En cambio, el amigo Jesús Aguirre es uno de los sacerdotes más presentables que uno conoce. Hombre intelectual y personalmente elegante, Aguirre es lo que en boxeo se llama un «duro fajador». Tras la distancia dióptica y los temples suaves e ignacianos, Aguirre es implacable en la búsqueda del camino más largo para el golpe más eficaz, es decir: la línea invisible.

Que la línea invisible es la distancia más corta para el puñetazo cultural es una evidencia ignaciana, asimilada ya por la Historia de la Cultura. Aguirre ha dado el golpe benjaminista en el plexosolar de la conciencia crítica española. Benjamin ya se había paseado por nuestro país en 1962, cuando la editorial Ariel diera a luz la obra de Adorno, *Prismas*. En ella aparecía una previa noticia de Walter Benjamin, lo que Adorno llamaba «Caracterización de Walter Benjamin». Una brevísima caracterización, que pasó sin pena ni gloria, atraído más el lector convencional de entonces por otros temas del apetitoso Adorno: especialmente, su trabajo sobre la crítica de la cultura y la sociedad, la renovada óptica sobre Kafka y los estudios sobre música, incluida su aristocratizante visión del «jazz».